

MARTIN GILBERT

# LA BATALLA DEL SOMME

LA BATALLA MÁS SANGRIENTA DE LA PRIMERA  
GUERRA MUNDIAL

El episodio que marcó la vida de J. R. R. Tolkien  
e inspiró el final de *El señor de los anillos*



*Ariel*

Martin Gilbert

# La batalla del Somme

La batalla más sangrienta  
de la primera guerra mundial

Traducción de Silvia Furió

*Ariel*

1.ª edición en esta presentación: abril de 2014  
*Edición anterior: septiembre de 2009*

Título original:  
*Somme*  
*The Heroism and Horror of War*

© 2006, by Martin Gilbert  
© 2009 de la traducción: Silvia Furió

Derechos exclusivos de edición en español:  
© 2009 y 2014: Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)  
[www.espacioculturalyacademico.com](http://www.espacioculturalyacademico.com)  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

ISBN 978-84-344-1745-8

Depósito legal: B. 5.006 - 2014

Impreso en España por  
Book Print Digital

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.como](http://www.conlicencia.como) por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## Índice

<i>Agradecimientos</i> .....	9
<i>Prefacio</i> .....	13
<i>Preludio</i> .....	17
1. El objetivo: «Penetrar en las líneas y lograr la victoria» .....	29
2. Junio de 1916: «Mucho se está cociendo» .....	55
3. El primer día de la batalla: «Los muertos no pueden seguir avanzando» .....	81
4. La primera semana completa de batalla: «Parecía una victoria» .....	135
5. Las tres últimas semanas de julio: «Los muchachos de la raza Bulldog» .....	153
6. Fromelles: «Un sangriento holocausto» .....	175
7. Pozières: «La muerte haciéndote muecas por todas partes» .....	180
8. La batalla continúa: «Un poco inquietos respecto a la situación» .....	192
9. Crítica y compromiso: «No debemos relajar nuestros esfuerzos bajo ninguna circunstancia» ..	202

10. Ambos bandos siguen luchando: «¡Esta fantasía de aflicción!» . . . . .	221
11. La lucha continúa: «Estoy en manos de Dios» . . .	242
12. La llegada de los tanques: «Nos sentimos los gallos del lugar» . . . . .	256
13. El combate se intensifica: «La muerte y la descomposición siembran la tierra» . . . . .	267
14. Octubre de 1916: Comienza el ambicioso proyecto	284
15. El sacrificio de los soldados: «¿Para qué otra cosa habían nacido?» . . . . .	296
16. Las dos primeras semanas de noviembre: «El fango del momento» . . . . .	311
17. La batalla final: «Se ha apagado una luz en nuestro hogar» . . . . .	319
18. Secuelas del Somme: De noviembre de 1916 a noviembre de 1918. . . . .	334
<i>Epílogo</i> . . . . .	354
<i>Mapas</i> . . . . .	371
<i>Apéndice: Tamaño aproximado de las formaciones del ejército.</i> . . . . .	405
<i>Obras consultadas.</i> . . . . .	407
<i>Lista de ilustraciones.</i> . . . . .	417
<i>Índice de mapas.</i> . . . . .	421

## Capítulo 1

### El objetivo: «Penetrar en las líneas y lograr la victoria»

La influencia en los círculos políticos de aquellos que querían encontrar una zona de victoria potencial que no fuera el frente occidental se había visto muy mermada por la evacuación de Gallípoli, y por la falta de avance en los frentes de Salónica y Mesopotamia. A consecuencia de estos reveses, los dirigentes aliados dirigieron su mirada hacia los frentes occidental y ruso en busca de una victoria. El 6 de octubre de 1915, dos años después de que se tomase la decisión en Londres de evacuar la península de Gallípoli, se celebró una reunión en el cuartel general militar francés en Chantilly, con el propósito de diseñar la estrategia general para la derrota de Alemania y Austria-Hungría en 1916.

El encuentro de Chantilly estuvo presidido por el jefe supremo de las fuerzas francesas, el general Joffre. El alto representante británico era el comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, el mariscal de campo sir John French. Los generales del alto mando ruso e italiano también estaban presentes. Se urdió un osado plan. Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia llevarían a cabo ofensivas a gran escala lo más simultáneamente posible en diferentes frentes, evitando así que

los recursos de Alemania y Austria-Hungría se concentrasen en una única zona de guerra.

Las fuerzas rusas, tras un avance inicial que penetró en Prusia Oriental, habían sido rechazadas por los alemanes en 1915. A comienzos de 1916 Rusia había perdido grandes zonas de sus provincias occidentales a manos de Alemania. Según el plan general acordado en Chantilly, el ejército ruso llevaría a cabo un ataque en dos flancos, combinando una ofensiva en el norte contra los alemanes, y otra en el sur contra los austrohúngaros.

Italia, tras sus previos e infructuosos ataques en el frente austríaco durante la segunda mitad de 1915, arremetería de nuevo a través del río Isonzo con el propósito de penetrar en profundidad en Austria (tan sólo había cuarenta y ocho kilómetros desde el Isonzo hasta la ciudad austríaca de Villach).

Gran Bretaña y Francia realizarían una ofensiva conjunta en el frente occidental, en Picardía, a ambas márgenes del río Somme. La fecha acordada en la reunión de Chantilly para las ofensivas combinadas británica, francesa y rusa fue la de la primavera de 1916, es decir, al cabo de seis meses, porque el ejército ruso necesitaba tiempo para recuperar el equilibrio tras los reveses de 1915.

El 19 de noviembre de 1915, sir Douglas Haig, comandante del Primer Ejército británico, sucedió a sir John French en el cargo de comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica. Tenía cincuenta y cuatro años y era un veterano de la contienda del Sudán en 1898, de Sudáfrica en 1900, y del frente occidental el año anterior, un frente en el que creía posible alcanzar la victoria sobre Alemania. No obstante, no sería en Montreuil, el cuartel general de Haig en Francia, sino en Londres, donde se tomaran las decisiones de cómo debía utilizarse la Fuerza Expedicionaria.

El 28 de diciembre, nueve días después del nombramiento de Haig, el Comité de Guerra de Londres, esto es, el grupo interno de política de guerra del gabinete, presidido por el primer ministro H. H. Asquith, debatía y respaldaba las decisiones tomadas en la Conferencia de Chantilly. Las actas ofi-

ciales del comité recogieron el acuerdo de que Francia y Flandes habían de ser «los principales teatros de operaciones», que debían hacerse todos los esfuerzos para llevar a cabo la ofensiva «la próxima primavera», y que todo había de hacerse en estrecha colaboración con las demás potencias aliadas.

Un día después de la reunión del comité, uno de sus miembros, A. J. Balfour, un antiguo primer ministro que era primer barón del Almirantazgo desde mayo de 1915, presentó el caso a «los orientales», que todavía seguían convencidos de que podía lograrse la victoria lanzando ataques en el perímetro. Por su parte, él no tenía duda de que la gran ofensiva en el frente occidental, tal como la habían acordado los generales en Chantilly y sus propios colegas políticos de Londres, sería casi con toda seguridad un fracaso. Los alemanes, señaló, «están haciendo grandes esfuerzos por hacer impenetrables sus líneas». Las fuerzas británicas «no han encontrado una respuesta suficiente a los obstáculos que suponen las sucesivas líneas de trincheras, las interminables alambradas de espino y las ametralladoras».

Balfour preguntó, además, a sus colegas si las potencias de la Entente (Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia) podían permitirse combatir en unas condiciones «que podían implicar mayores pérdidas de hombres para ellos que para sus adversarios». Le preocupaba que, al final de la ofensiva planeada, la posición estratégica siguiese siendo la misma, «mientras que los atacantes han perdido muchos más hombres que los atacados», creando una situación de «extremo peligro para la Entente».

Balfour fue reprendido por lord Kitchener, quien, en respuesta por escrito, expuso las razones por las que había que continuar con la ofensiva. El «objetivo primordial» de Alemania, escribió Kitchener, era el de «establecer una posición predominante en Europa, primero aplastando Francia por completo, y después forzando a sus otros adversarios a aceptar los términos que ella quiera dictar».

La fuerza de la posición alemana estaba clara para Kitchener. «Están ocupando toda Bélgica y todas las provincias nor-



orientales de Francia, que incluyen los distritos mineros e industriales más valiosos de dicho país. Es muy probable que hayan llegado a la conclusión de que mientras puedan seguir manteniendo sus ganancias, estarán en una posición favorable para imponer sus propios términos de paz, y de que los aliados se cansarán de la guerra antes que ellos.» Kitchener temía también que a menos que se produjese una gran ofensiva en la primavera de 1916, a Gran Bretaña le sería muy difícil «sostener el esfuerzo que supone mantener a nuestras fuerzas en el campo de batalla durante el invierno para una campaña en la primavera de 1917, y Francia se encontraría en una situación similar». Si, como esgrimía Balfour, se retrasaba la siguiente ofensiva aliada, Kitchener insistía en que Gran Bretaña «correría un grave riesgo de perder la guerra por agotamiento de recursos».

En Francia, el 8 de enero, sir Douglas Haig viajó desde su cuartel general en Montreuil hasta Hinges, para asistir a un encuentro con los comandantes de los tres ejércitos. Les pidió que «diseñasen estrategias» para las operaciones preliminares «con el fin de fatigar al enemigo y agotar sus reservas», y para «un ataque decisivo con el propósito de penetrar las líneas enemigas». Diez días después, en el transcurso de todo un día de debate con su jefe de Estado Mayor, el general Kiggell y su representante, el general Butler, Haig, que se sentía cada vez más seguro, explicó su concepto de un «ataque decisivo». Una vez hubiesen desgastado a los alemanes y agotado sus reservas, pero no hasta entonces, se lanzaría una «masa de tropas ... en los puntos en que el enemigo se hubiera mostrado más débil» con el claro objetivo de «penetrar las líneas y lograr la victoria».

En Londres, a finales de diciembre Kitchener había hecho hincapié en que las fuerzas británicas necesitaban reanudar la ofensiva. Cuando un miembro conservador del Comité de Guerra, Austen Chamberlain, preguntó el 13 de enero si una ofensiva alemana en el frente ruso podría obligar a los britá-

nicos a «ponerse a la defensiva» en Francia, Kitchener esgrimió de nuevo la necesidad de acción, asegurando a sus colegas que «la única posibilidad de acabar con la guerra este año era mediante una gran ofensiva en el oeste».

Kitchener contaba con la victoria en el frente occidental en 1916. Muchos de sus colegas, entre ellos el ministro de Economía y Hacienda, Reginald McKenna, temían «el agotamiento de nuestros recursos», advirtiendo amenazadoramente que «si nos agotásemos, estaríamos perdidos». Si esto fuera así, comentó el ministro de Municiones, David Lloyd George, «no tendríamos nada con que negociar». La posibilidad de tener que negociar un tratado de paz siempre estuvo a flor de piel.

Como el debate continuaba, Lloyd George señaló que Gran Bretaña ya había participado en dos ofensivas en el frente occidental en 1915, «y ninguna de las dos había servido para nada». La suya era la voz de la prudencia: «No podríamos enfrentarnos a otra igual. Esto conduciría a la derrota. Por consiguiente, deberíamos aguardar hasta ser lo suficientemente fuertes».

El rechazo de Lloyd George hacia una nueva ofensiva en el frente occidental era tenaz. «En un principio —explicó al Comité de Guerra—, nuestra misión era la de permanecer quietos en la frontera occidental», y lanzar una ofensiva contra los turcos «en Egipto, Mesopotamia o Salónica». Otra opción era que Gran Bretaña y Francia, según argumentaba, permaneciesen a la defensiva en el frente occidental mientras enviaban artillería pesada y equipo al frente oriental, para apoyar la próxima ofensiva rusa contra Alemania. «Rusia tenía un frente largo —subrayó Lloyd George— por el que sería más fácil romper las líneas y penetrar.»

A medida que el debate a favor y en contra de otra ofensiva en el frente occidental ganaba fuerza, el punto de vista de Kitchener fue crucial. Sus colegas, políticos liberales que lo habían reclutado en sus filas para protegerse de las críticas conservadoras de que en realidad no eran partidarios de la guerra, hablaban con una autoridad, basada en su rango y alta posición en la estima del público, que no podía ser desafiada con

facilidad. El 14 de enero escribió en privado a Haig: «No hay duda de que existe un fuerte sentimiento en contra de otra ofensiva en Francia debido a los fracasos anteriores. Pero, a menos que podamos imponer una paz por la fuerza de las armas este año, correremos el terrible riesgo de una paz insatisfactoria por estancamiento, que sin duda exigirá nuevas hostilidades dentro de unos cinco años aproximadamente».

Kitchener añadió que el jefe de Estado Mayor General Imperial, el general sir William Robertson, estaba «luchando espléndidamente» por una ofensiva en el frente occidental en 1916, «pero los políticos le ponen trabas».

Cuando el Comité de Guerra se reunió el 22 de febrero, tenía ante sí una carta de Haig asegurando que mayo o junio sería la fecha más temprana posible para una ofensiva británica en el Somme, a lo largo de un frente de 35 kilómetros. Una vez más, el comité aprobó la ofensiva en el frente occidental para las fechas ofrecidas por Haig.

El departamento del Somme fue creado en 1790 como entidad administrativa, y consistía en casi toda la antigua provincia francesa de Picardía. Sus onduladas colinas habían presenciado numerosas batallas. Julio César y sus legiones romanas se abrieron camino peleando a su paso por esta campiña rural cincuenta y siete años antes del nacimiento de Cristo. La carretera que, recta como palo, une todavía Albert y Bapaume, atravesando el campo de batalla de 1916, fue un legado de Roma.

Los romanos no fueron los últimos invasores antes de que llegasen los ejércitos del káiser alemán en 1914. En los siglos IX y X fueron los vikingos del norte quienes asolaron la tierra. En 1330, como parte integrante de la destructiva Guerra de los Cien Años, los soldados ingleses marcharon sobre las llanuras de Picardía, dirigidos por su rey guerrero Eduardo III. En aquella ocasión los ingleses derrotaron a los franceses, y volvieron a hacerlo en 1415, acaudillados por el rey Enrique V. De camino hacia la victoria en Agincourt, Enrique y su ejérci-

to atravesaron Beaumont-Hamel, donde los descendientes de aquellos soldados lucharían y caerían en julio y noviembre de 1916.

A principios del siglo XVII, las tropas sajonas del emperador del Sacro Imperio Romano cruzaron el Somme y llegaron a Corbie, ciudad que asediaron durante cuatro años, antes de que Luis XIII los expulsase. En el transcurso de las luchas entre 1636 y 1640, el *château* de Querrieu fue quemado. El *château* reconstruido sería el cuartel general del Cuarto Ejército del general Rawlinson en 1916.

Los alemanes y los franceses volvieron a combatir en el Somme en 1870, durante la guerra franco-prusiana. En Point Noyelles, a menos de un kilómetro y medio de Querrieu, un monumento conmemora la victoria del 23 de diciembre de 1870 del general francés Faidherbe, comandante del Ejército del Norte, contra el ejército prusiano invasor. Otro monumento conmemorativo de la guerra franco-prusiana se alza hoy en Le Transloy, lugar al que el Cuarto Ejército de Rawlinson luchó en vano por llegar en octubre de 1916.

Los franceses volvieron a enfrentarse a los alemanes en el Somme durante los primeros meses de la primera guerra mundial. El 28 de agosto de 1914, en Saily Saillisel, Rocquigny y Morval, los reservistas franceses se vieron superados en número y armamento en el implacable avance del ejército alemán hacia París. En el cementerio local de Le Transloy hay una columna conmemorativa en memoria de los soldados franceses caídos en el enfrentamiento de aquel día, cuya acción defensiva se vio entorpecida por una densa niebla que puede considerarse un rasgo del Somme. Muchos de ellos fueron rematados por los alemanes cuando yacían heridos.

Lo que se convertiría en el campo de batalla del Somme en julio de 1916 tiene muchas reminiscencias de esta primera contienda. Visible desde el cementerio del Valle Caterpillar\* se levanta hoy una cruz conmemorativa al capitán Henri de Monclin y a sus soldados muertos en combate en aquel lugar el 28 de

\* Valle de la Oruga. (*N. de la t.*)

septiembre de 1914. La ciudad de Albert, que habría de convertirse en el eje de la ofensiva británica de 1916, fue bombardeada por primera vez por los alemanes el 29 de septiembre de 1914, cuando se replegaban de su avance hacia París.

En el invierno de 1914-1915 los ejércitos contendientes estaban separados por una línea de trincheras que se extendía desde el mar del Norte hasta la frontera suiza. Aquella línea atravesaba el Somme y estaba defendida aquel invierno por soldados bretones, que se hallaban lejos de sus casas. En el pueblo de Ovillers, más tarde uno de los objetivos de los ataques del 1 de julio de 1916, un monumento recuerda la muerte de aquellos bretones que cayeron en acción el 7 de diciembre de 1914.

La tranquilidad invadió Picardía y el Somme el mes de enero de 1915, pero era ilusoria. Con metódica determinación, a partir de los primeros meses de 1915, los alemanes empezaron a guarnecer su línea de trincheras con profundos refugios subterráneos y fortificaciones de hormigón. Los que estaban al este del río Ancre fueron construidos por el general Von Wundt, al mando del 51.º de Infantería de Reserva. Dos baluartes que constituirían serios obstáculos para los atacantes el 1 de julio de 1916 serían el Reducto de Schwaben y el Reducto de Leipzig.

Las tropas británicas se encargaron de un sector de veintidós kilómetros de trincheras francesas en la ondulada campiña calcárea al norte del río Somme durante un ajuste rutinario de la línea del frente aliado a finales de 1915. No les gustó lo que vieron. De acuerdo con su nivel de exigencia, que no era tan alto como el de los alemanes, las trincheras francesas no se habían mantenido adecuadamente. Dado que el Somme había sido una zona tranquila del frente occidental durante gran parte de 1915, los franceses habían asignado relativamente pocas tropas para su defensa. En muchos lugares los parapetos que se habían erigido no constituían protección alguna contra francotiradores enemigos. En numerosas seccio-

nes una trinchera de primera línea no conectaba con la siguiente. El *parados*, un parapeto detrás de la trinchera que protegía la parte trasera, estaba en la mayoría de los casos cubierto de zarzas. La alambrada no se había colocado en su sitio al borde de la Tierra de Nadie. Una sensación de descuido impregnaba la línea.

Algunas divisiones alemanas del otro lado de la línea de trincheras francesas al norte del Somme llevaban allí desde finales de 1914. Los soldados alemanes habían sido diligentes en la preparación y habían cavado profundas trincheras y sólidos refugios subterráneos, no dejando pasar un solo día sin algún que otro enfrentamiento, bombardeo de la artillería, ataques de mortero a las trincheras, ráfagas de fuego de ametralladoras, que provocaban heridas y muerte.

Un alférez británico, Hugh Freston, del 3.<sup>er</sup> Batallón del Regimiento Royal Berkshire, se unió a su batallón cerca de Albert seis días antes de la Navidad de 1915. Mientras inspeccionaba, el 24 de enero de 1916, un refugio que había sido intensamente bombardeado en las trincheras situadas frente a La Boisselle, cayó bajo el fuego de un posterior bombardeo. Tenía veinticuatro años. En uno de sus poemas había escrito:

After I am dead,  
And have become part of the soil of France,  
This much remember of me:  
I was a great sinner, a great lover, and life puzzled me very  
[much.

Ah love! I would have died for love!  
Love can do so much, both rightly and wrongly.  
It remembers mothers, and little children,  
And lots of other things.  
O men unborn, I go now, my work unfinished!  
I pass on the problem to you: the world will hate you:  
[be brave!\*

\* Cuando esté muerto, / y forme parte del suelo de Francia, / recordad esto de mí: / fui un gran pecador, un gran amante, y la vida me desconcertaba. / ¡Ah, el amor! ¡Habría muerto por amor! / El amor puede hacer

El alférez Freston está enterrado en el cementerio militar de Bécourt, en las afueras de Albert.

En respuesta a las decisiones de la Conferencia de Chantilly, un ingente ejército británico se dirigía a diferentes alojamientos de Francia a la espera de la ofensiva del Somme. Doscientos mil combatientes estaban preparados para la Gran Ofensiva (*Big Push*). En sus filas había soldados regulares el ejército británico que estaban en acción desde las primeras semanas de la guerra; soldados territoriales, parte de más de setenta batallones reclutados en Gran Bretaña entre 1907 y 1914 en un programa de reclutamiento de preguerra; hombres de la 29.<sup>a</sup> División, veteranos de la lucha en Gallípoli, incluyendo australianos, neozelandeses y terranovenses; y el grupo numéricamente mayor, los hombres del Nuevo Ejército de Kitchener.

Uno de los soldados del Nuevo Ejército, el futbolista Pat Crossan, miembro del Batallón McCrae, y un defensa derecho extraordinariamente rápido, escribió al que fuera su director técnico antes de la guerra el 10 de febrero: «Creo que en vez de combatir deberíamos enfrentarnos a los Fritzes al fútbol. Estoy seguro de que les daríamos una paliza».

Muchos de los batallones de camaradas, como los Camaradas de Accrington, los Camaradas de Bradford, los Camaradas de Halifax, los Camaradas de Leeds, los Camaradas de Liverpool y los Camaradas de Salford eran del norte de Inglaterra, pero los Camaradas venían de toda Gran Bretaña. Los Camaradas de Swansea serían el orgullo de Gales. Estos batallones de camaradas, cada uno de ellos de mil hombres o más, representantes de la tupida naturaleza territorial de la vida británica de preguerra, lucharían, y morirían, en el Somme en medio de una inquebrantable camaradería.

---

tanto, tanto bien y tanto daño. / Hace pensar en las madres, y en los niños pequeños, / y en tantas otras cosas. / ¡Oh, hombres que aún no habéis nacido, yo me marchó, mi labor inacabada! / Os traspaso el problema a vosotros: el mundo os odiará: ¡sed valientes! (*N. de la t.*)

En Francia, los preparativos para la batalla eran incesantes. El 1 de marzo, el general sir Henry Rawlinson asumió el mando del Cuarto Ejército, que habría de soportar lo más duro del combate. Dos días después, el teniente Bernard White, del 20.º Batallón de Fusileros de Northumberland (21.º Batallón Escocés de Tyneside), un editor y escritor de veintinueve años, escribió a un amigo: «Estamos aquí haciendo un breve descanso antes de regresar a las trincheras. “Descanso” es un término militar que significa “fuera de peligro de cualquier cosa menos del fuego de largo alcance y de los ataques aéreos”, pero no significa necesariamente relajación. Hay que organizar inspecciones del equipamiento, inspecciones del casco antigás, inspecciones de las raciones, inspecciones de fusiles y de los pies. También se llevan a cabo marchas de entrenamiento, desfiles para ir a bañarse, desfiles para ir a lavar la ropa, desfiles para hacer trabajos (organizados para los sublimes e insolentes gandules que nos acompañan)».

«La guerra de trincheras es monótona —explicaba el teniente White—, pero bastante segura. Los francotiradores son los que hacen más daño, aunque el fuego de artillería es peor cuando no te lo esperas. Si se da aviso, uno puede ponerse a cubierto de estas auténticas máquinas infernales, pero si una cae de lleno en un alojamiento, entonces seguro que se cobra su cupo de vidas, porque hace estragos.»

El teniente White murió el primer día de la batalla del Somme. Su cuerpo nunca fue identificado. Su nombre está inscrito en el Monumento Conmemorativo de Thiepval a los Desaparecidos.

El 6 de marzo, en su cuartel general del *château* de Querrieu, el general Rawlinson celebró su primer encuentro con sus comandantes del Cuerpo del Ejército, los generales Congreve, Morland y Hunter-Weston. Tras esbozar el plan general, les pidió que realizasen sus preparativos preliminares, que eligiesen los emplazamientos para las baterías de artillería, que construyesen puestos de observación para la artillería y que ten-



diesen cables telefónicos. Esto último era tarea de los ingenieros reales, que el 1 de abril empezaron a tender líneas de cables desde los cuarteles de divisiones, enterrándolos a una profundidad de metro ochenta para protegerlos de los proyectiles alemanes de 5,9 pulgadas. Durante los tres meses siguientes se lanzaron más de once mil kilómetros de cable enterrado, además de sesenta y nueve mil kilómetros de cable en la superficie. Comenzó la planificación de los distintos medios de comunicación, principalmente sin cable, soldados mensajeros, palomas y perros.

Para asegurarse de que en su avance las tropas pudieran comunicar su situación, un elemento fundamental de la cooperación con la artillería, se hizo acopio de linternas, banderas, destelladores y molinillos para ser utilizados como señalización para los observadores de la Artillería Real que oteaban desde puntos estratégicos en las colinas y en los árboles, y para los observadores del Real Cuerpo Aéreo que sobrevolarían el campo de batalla. Se repartieron bocinas entre los aviadores. Un toque de claxon prolongado significaría «¿Dónde estáis?», a lo que se respondería mediante bengalas de colores.

Incluso en la calma antes de la batalla, la muerte era un suceso cotidiano. En 22 de abril, el soldado William McBride de veintiún años, de los Fusileros Reales de Inniskilling, cayó justo al sur del río Ancre. Su tumba está en el cementerio de guerra de Authuille, al pie del bosque de Thiepval. Dos días después, el soldado de diecinueve años, Geroge Curnew, del 1.º Batallón del Regimiento de Terranova, fue abatido por un francotirador alemán a menos de tres kilómetros al norte, mientras trabajaba en el parapeto de las trincheras a las que habían sido enviados, frente al pueblo de Beaumont-Hamel, en manos alemanas. Está enterrado en el cementerio de la Sierra de Mesnil.

Era un lento pero ininterrumpido proceso de desgaste que pronto se aceleraría y multiplicaría por miles y miles.

Mientras los planes para la ofensiva del Somme seguían adelante, el alto mando alemán lanzó una ofensiva militar 241 kilómetros al sureste, contra la fortaleza francesa de Verdún. A pesar de que los soldados alemanes no consiguieron capturar la ciudad, el comandante en jefe, el general Falkenhayn, estaba convencido de que un incesante asalto alemán podría sangrar a los ejércitos franceses que la defendían.

Con el ataque a Verdún lanzado por los alemanes, los franceses se vieron enfrentados a una terrible lucha. Mientras el resultado del combate todavía era incierto, Haig hacía planes para la ofensiva británica que acabaría con el punto muerto de la guerra de trincheras. El 24 de marzo redactó instrucciones para el adiestramiento de las divisiones de caballería a su disposición. Cuando se hubiese logrado penetrar las líneas alemanas «la caballería y las tropas móviles deben estar a mano para avanzar de inmediato y formar una cabeza de puente (hasta ser relevados por la infantería) más allá de la brecha con el objetivo de detener a las reservas hostiles que el enemigo pudiera lanzar, y para dar tiempo al despliegue de nuestras divisiones». Al mismo tiempo, las tropas montadas cooperarían con el grueso de la fuerza de ataque «a ensanchar la brecha», operando en la retaguardia de las defensas alemanas que estaban resistiendo y, a la vez, extendiendo el flanco de la «cabeza de puente» como protección de los flancos exteriores de las fuerzas atacantes.

Además de los hombres del Nuevo Ejército de Kitchener, y las tropas territoriales, un importante flujo de tropas se estaba preparando para la batalla del Somme, eran los hombres de la 29.<sup>a</sup> División, que habían sido evacuados de Gallípoli tres meses antes. Los hombres del Regimiento de Terranova fueron de los primeros que llegaron a Francia. El 25 de marzo, tras viajar en barco desde El Cairo hasta Marsella, y después en tren desde Marsella hasta Pont-Remy, 13 kilómetros al sureste de Abbeville, llegaron a la estación de Pont-Remy a las dos de la mañana. Desde la estación cruzaron un río por el puente, el *pont*, que daba nombre a la ciudad. Aquel río era el Somme. Desde allí caminaron 5 kilómetros en la oscuridad,

a merced del frío y de la lluvia, hasta su alojamiento en Buigny-l'Abbé.

La premura de un plan de ataque en el Somme se intensificó a medida que el asalto alemán a Verdún se cobraba cada vez mayores pérdidas. Al cabo de un mes del ataque, los franceses habían sufrido un gran número de bajas: 90.000 hombres habían muerto y otras tantas decenas de miles resultaron heridos. El anillo de fortalezas resistió, pero en una conferencia anglo-francesa en París el 28 de marzo, los líderes políticos y militares hablaron abiertamente de numerosas pérdidas en Verdún, y recalcaron a los dos representantes británicos, lord Kitchener y el general sir William Robertson, jefe de Estado Mayor General Imperial, que era «hora de que los británicos jugasen su papel».

Kitchener informó de esta demanda a Haig, a quien visitó en Montreuil el 29 de marzo, de regreso a Londres. Haig le aseguró que «nunca tuve la menor intención de atacar con todas las tropas disponibles excepto en caso de emergencia para salvar a los franceses, y quizás a París, de la captura». Haig añadió amenazador: «En realidad no tengo un ejército en Francia, sino una colección de divisiones no entrenadas para el campo». El verdadero combate se «desarrollaría» con estas divisiones.

Un elemento esencial en las primeras etapas de los preparativos para la ofensiva, fuera cual fuese la fecha exacta, era establecer un emplazamiento al que poder trasladar a los heridos graves desde el campo de batalla para que recibieran un tratamiento de emergencia antes de ser enviados a los principales hospitales de campaña cerca de la costa, el más grande ubicado en Étaples, otros en Rouen y en Boulogne. El 1 de abril se montó un puesto de evacuación de heridos cerca del pueblo de Heilly, a menos de trece kilómetros de las trincheras de primera línea frente a La Boisselle. En el transcurso de dos meses se levantaron diez puestos más de evacuación de heridos.